

Árbol de sinople

Manu de Ordoñana

1

Atardecía. Una suave brisa llegaba del mar y refrescaba el jardín del convento, un pequeño vergel donde crecían plantas, flores y arbustos en un tropel descontrolado y, al mismo tiempo, armonioso, por la bella combinación de colores que la naturaleza es capaz de componer cuando una mano cuidadosa cela.

En un rincón, una pareja estaba sentada en un banco. Ella era una hermosa y delicada muchacha de tez blanca y cabellos castaños, con expresión soñadora. Él, un joven apuesto, de mirada viva, vestido con elegancia. El sol oteaba complacido la escena.

—¡Pedro! ¡Mi amado! Cinco días sin veros. Cinco días de pesadumbre. Sólo vuestra presencia me fortifica y contiene mi aflicción. Dios quiera que este encierro acabe pronto. Cuatro años llevo viviendo en este claustro y siempre he sido feliz aquí, acatando la disciplina de la comunidad, pero desde que vos entrasteis en mi corazón, nunca el sitio me ha resultado tan ingrato...¡Ay!

—¡Ysabel! Hay que tener paciencia. Esta situación no puede durar mucho. Mañana viene mi hermano Martín. ¡Por fin! Lleva una semana en la provincia y no ha tenido tiempo de acercarse a Azcoitia. Al parecer, asuntos de Estado le retienen entre San Sebastián y Hernani. Hay rumores de que el rey está preparando una campaña para defenderse ante un posible ataque de Francia y la provincia desempeña una función preeminente por la posición estratégica que ocupa. Mi padre lo aguarda para discutir la asignación del mayorazgo.

—¿Cuál creéis que será su veredicto?

—Aunque él es el primogénito, mi padre tiene alguna duda. Al ser secretario de Estado y residir en Madrid, no puede administrar la hacienda con satisfacción. Hace falta un varón con autoridad para resolver los numerosos problemas cotidianos y acrecentar el patrimonio. Además, Martín nunca ha demostrado interés en asumir la cabeza del linaje de los Ydiáquez. Quizá se conforme con una renta vitalicia. Mi padre está viejo y quiere resolver el litigio cuanto antes. Es probable que mañana tome una decisión.

—¡Mañana! ¡Mañana! ¡Siempre esperando a mañana! Cuando hace seis meses os conocí, clavasteis en mí vuestra mirada y ahí quedé profundamente turbada. Desde entonces, mi vida os pertenece; ya siempre seré vuestra. ¿Por qué así nuestros encuentros siguen siendo clandestinos? ¿Por qué me prohíben recibir vuestras visitas? Si vos me amáis, ¿por qué hemos de mantener esta cruel separación? En vuestra ausencia, un profundo dolor lacera mi alma.

Pedro se acercó a la doncella y tomó su mano. Vio cómo una lágrima resbalaba por su mejilla.

—Recuerdo bien aquel momento. Llevabais un vestido verde. Cuando me visteis, un amago de sorpresa asomó en vuestro pálido rostro y vuestros ojos despidieron una dulce mirada que hechizó mi mente. Desde aquel instante, supe que estaba prendado para siempre.

—Entonces ¿por qué continuar separados? Hay un contrato firmado y dentro de cinco meses cumpliré catorce años. Nuestra alianza conviene a las dos partes y contribuye a fortalecer nuestro abolengo. Doña Brígida, mi bisabuela, testó hace tres meses nombrándome heredera de todos sus bienes, ya que no hay miembro varón en la familia.

—Las estipulaciones establecen que vos seréis la sucesora de la casa de Berriatúa y yo recibiré el mayorazgo de la de Ydiáquez. Doña Brígida siempre se ha mostrado firme en este aspecto.

—¡Sí! Tiene miedo de perder influencia social e incluso de que el linaje desaparezca. Yo soy la única persona de toda la parentela con capacidad para procrear. Las mujeres no tienen edad y todos los hombres han muerto jóvenes.

Sólo vive mi tío-abuelo, pero ha perdido el juicio, aunque todavía confían en su recuperación.

—¡Ysabel! No desesperéis. Todo se arreglará. Lo esencial es lo que ambos sentimos.

—Tiemblo al pensar que algo o alguien nos pueda separar.

—Todo está a nuestro favor. Mi padre ha depositado grandes esperanzas en esta unión. Aunque Martín sea el elegido, no tiene hijos y yo soy el siguiente varón en la línea sucesoria.

—Eso me entristece. Parece como si nuestro porvenir estuviera condicionado al único objetivo de incrementar la riqueza de la estirpe y acentuar su preeminencia social sin importar el valor de nuestros sentimientos. Estamos sometidos al arbitrio de nuestros mayores. ¿Cuándo podremos tomar nuestras propias decisiones?

—Muy pronto, Ysabel. Somos jóvenes y tenemos la vida por delante. La fortuna nos sonrío y juntos, los dos, emprendemos grandes proyectos. Hay que tener paciencia. El momento se acerca, está próximo. Buscad el consuelo de Dios y rezad para que Él nos proteja.

—¡Ay, Pedro! Ni la oración consigue templar mi pena. Sólo estos instantes a vuestro lado me reconfortan. Pero son tan fugaces... Ahí viene Ana Urrutia, mi valedora y amiga... ¡Ana! ¡Mi buena Ana! ¿Ya se acabó el tiempo? ¿Debe marcharse don Pedro? ¡Cuán corto es el placer y cuán larga la amargura!

La monja, tutora de doña Ysabel, se aproximó al banco donde los dos enamorados estaban sentados y poniendo la mano sobre el hombro de la muchacha, susurró:

—Sí, doña Ysabel; debe marcharse. He mandado a la portera a recoger habas a la huerta... Don Pedro, es tiempo de partir. Sus compañeros lo aguardan en el bosque de enfrente. El camino está despejado. No es bueno que la abadesa tenga conocimiento de estas citas. Las instrucciones de doña Brígida son estrictas: prohibido el contacto exterior. Tiene pánico a cualquier relación indebida que ponga en cuestión el honor de la familia y el matrimonio de su biznieta.

—¡Adiós, Ysabel! Recordad que este encierro no se alargará mucho tiempo. Mientras tanto, confiad en mí.

Los dos jóvenes se fundieron en un cálido abrazo. Al cabo, Pedro se separó de la joven y, tras una profunda mirada llena de ternura, rozó con sus dedos la mejilla de la doncella, salió corriendo y se perdió en la espesura.

Doña Ysabel se abrazó a la dueña que permanecía a su lado y estalló en sollozos. Durante un buen rato, la pobre niña se entregó a sus tiernos sentimientos, hasta que una campana sonó anunciando la oración, previa a la colación vespertina.

3

Desde su nacimiento en los confines de la provincia de Guipúzcoa, el río Deva circulaba encajonado entre montañas, obligado a discurrir por el fondo de abruptos valles, sin libertad para derramar sus aguas sobre suelos fértiles y consumir así la misión que le fue asignada por el Hacedor. Sólo después de atravesar el municipio de Elgóibar, encontraba espacio para retorcerse en numerosos meandros, hasta esconderse por un desfiladero y ser impulsado hacia el mar, donde era invitado a entregar su caudal.

Cuando llegaba la noche, las sombras invadían los fondos y sólo el crepúsculo vespertino mantenía la luz en las alturas; la humedad se condensaba sobre las hojas y nieblas intensas cubrían los fondos. Se apagaban los trinos de los pájaros que ya habían encontrado su nido para el descanso nocturno tras una jornada de continuo afán. Un silencio profundo se apoderaba del lugar y la actividad cesaba de repente. Sólo el paso de la corriente levantaba un murmullo cristalino.

Por su margen derecha, una senda tortuosa escoltaba al río desde Alzola hasta su desembocadura en la villa de Deva. Su estado era deplorable: las frecuentes lluvias originaban charcos que luego se transformaban en lodazales difíciles de sortear y la maleza que invadía la vereda entorpecía la circulación.

Un viajero transitaba por aquel camino a lomos de un poderoso caballo, esquivando con habilidad los numerosos accidentes que encontraba en su trayecto, lo que probaba su destreza con las riendas y su conocimiento de la zona. Anochecía cuando el jinete llegó a Sasiola, un paraje al pie de un monasterio de franciscanos, donde el río se estrechaba y un vado permitía el paso de las cabalgaduras en marea baja. Detuvo su montura en la orilla, se apeó del caballo y lo ató a un árbol. Sacó un cuenco del morral, lo llenó con agua del río y bebió con ansiedad. Luego repitió la operación y ofreció el pocillo al animal para que calmara su sed:

—Bebe a gusto *Ezker*. Todavía nos queda un buen trecho. Al llegar, tendrás tu ración de pienso y un establo con paja fresca para reponer las fuerzas.

Como si hubiera entendido el mensaje, el noble bruto dio un alegre relincho, hundió su hocico en el recipiente y sorbió el agua con fruición. A continuación, el caballero sacó un pan de hogaza del talego y cortó dos rebanadas, sobre las que emparedó un trozo de queso. Terminado el refrigerio, montó de nuevo en su cabalgadura y se zambulló en el río, trotando sobre su lecho hasta alcanzar la margen izquierda. Se detuvo en la orilla y acarició el cuello del cuadrúpedo:

—*Ezker*, ya hemos cubierto la distancia más larga. Todavía nos queda una legua; iremos despacio, la travesía será cómoda para ti, mi fiel compañero.

La noche se había echado encima y el luto calaba la floresta. Una ligera bruma cubría el terreno y entorpecía la visión. Pese a conocer el distrito por haber realizado la misma ruta en incontables ocasiones, los lindes del sendero, apenas visibles, confundían al jinete, obligándole a recortar el paso. Los pocos caseríos que había en el contorno le servían de referencia para sancionar el rumbo.

Tras rebasar un promontorio, el viajero divisó el mar y percibió una negrura multiforme en la lontananza; exhaló un suspiro de alivio: ya estaba cerca de Motrico. A partir de ahí, la superficie perdía nivel y pudo acelerar el paso. Luego que alcanzó las murallas de la villa, se dirigió a la puerta de Deva donde un centinela pidió su identificación:

—¡Traigo un mensaje urgente para doña Brígida de Berriatúa!

El guardián, tras verificar el aspecto del viajero y comprobar sus credenciales, abrió la cancela y permitió el paso del jinete. La casa torre de los Berriatúa estaba al final de la rúa, al lado de la iglesia, y destacaba en una plazuela sobre el resto de edificios más modestos.

Un fuerte aldabonazo sobre la puerta retumbó en el silencio de la noche. Tras un rato de espera, una mirilla se abrió y un rostro impreciso preguntó:

—¿Quién se atreve a importunar el descanso de un hogar decente y temeroso de Dios?

—Soy Diego de Mallea. Vengo de Éibar y tengo que ver a doña Brígida. He de transmitirle una confidencia.

El bachiller Diego de Mallea era regidor de la villa de Éibar, representaba los intereses de doña Ysabel y administraba la herencia recibida de su padre hasta su mayoría de edad.

—Doña Brígida está descansando y no le gusta que la molesten cuando duerme —respondió el criado—. ¿No podéis volver mañana?

—No tal. El asunto que me trae es singular. Os ruego que despertéis a vuestra señora y le hagáis partícipe de mi recado.

—¡Pasad pues! Atad vuestro caballo a esa argolla y tened la paciencia de esperar en el patio. Antes voy a encender una luz.

Transcurrido un tiempo, apareció Josepha, el ama de llaves. Era una mujer fornida que gobernaba la propiedad con la complacencia de su dueña. Iba vestida con un sayo de color marrón y cubría su cabeza con una cofia:

—¡Maese Diego! ¿Qué os trae por aquí a horas tan intempestivas? He despertado a mi ama y os recibirá en atención a vuestra condición. ¡Seguidme!

La fámula condujo a maese Diego a una sala bien iluminada. Doña Brígida de Berriatúa no tardó mucho en presentarse. Alta y enjuta, vestía un sencillo brial de color verde, ceñido en la cintura, que cubría su cuerpo desde los hombros hasta los pies. Ocultaba su cabello con una toca blanca. Sus facciones eran suaves y su andar reposado.

Contra su avanzada edad, el porte de la dama era majestuoso:

—Déjanos, Josepha. Supongo que nuestro amigo trae nuevas importantes, a juzgar por la hora de su visita.

—Mucho lamento presentarme tan tarde, doña Brígida. La noticia es grave y no he dudado en hacer viaje tan oneroso para anunciárosla.

—¡Hablad entonces!

—Esta mañana, don Joan Bautista de Elexalde, mi vecino y amigo, me ha hecho saber que el señor de Ydiáquez ha decidido transmitir el mayorazgo a su primogénito, don Martín.

—¿Cómo es posible? Ese don Martín es un secretario de Felipe II y reside en Madrid. Es hombre de letras y nunca ha demostrado interés por sus posesiones en Azcoitia. Además, don Francisco había prometido que tal distinción recaería sobre don Pedro, su segundo hijo varón.

—¡Cierto! Así lo ha manifestado en numerosas ocasiones. No entiendo su cambio de postura. Al parecer, don Martín ha venido a Guipúzcoa y ha estado un par de días en Azcoitia. Quizá ahí puede estar el origen del problema.

—¡Eso es un atropello! El enlace de Ysabel con don Pedro está condicionado a que él sea el heredero. ¡Si no hay mayorazgo, no hay matrimonio!

—No poseo más detalles, doña Brígida, pero intentaré obtener más información.

—¡Hacedlo, maese Diego! Mientras tanto, voy a convocar a los parientes cercanos el próximo domingo, después de la misa mayor, para decidir qué hacer. Confío en vuestra presencia. Para entonces, quisiera conocer todos los detalles de ese fallo. Nunca me gustó el señor de Ydiáquez. Es un viejo fanfarrón, necio y pagado de sí mismo.

—¡Contad conmigo! Ahora, doña Brígida, permitidme que me retire. Es tarde y he de regresar a Éibar esta misma noche. Mañana tengo allí asuntos que resolver.

—Voy a ordenar que os preparen un caballo de refresco. Dejad el vuestro en el establo y lo recuperáis el domingo. ¡Id con Dios, maese Diego!

12

—Querido primo, os agradezco que hayáis acudido a nuestra llamada —exclamó el señor de Ydiáquez—. El asunto es grave y necesitamos vuestra ayuda.

—Contad con ella de antemano, don Francisco, cualquiera que sea la causa —respondió el señor de Lilí.

Joan Pérez de Ydiáquez, señor de Lilí, era un hombre fornido, de cuerpo robusto y piernas cortas, algo arqueadas. De edad mediana y andar ligero, despedía energía a raudales, mediante ademanes intensos y gestos vehementes. Una nariz generosa colgaba de unos ojos turnios que daban a su rostro un aspecto severo y amenazante; una barba roja pronunciaba su bravura.

Tenía casa torre en Cestona, a unas dos leguas de Azcoitia. Su padre había sido Diputado General de Guipúzcoa en varias Juntas Generales y él mismo era elegido a menudo procurador. Su fortuna era cuantiosa: además de las tierras adscritas al señorío, era propietario de una ferrería que le producía pingües beneficios.

Poco después de la fundación de la villa, los Lilí de Cestona emparentaron con los Ydiáquez de Azcoitia y ambos fueron fieles servidores del rey de Castilla, lo que les permitió obtener notables prebendas. A partir de ahí, sus relaciones fueron cordiales, prestándose apoyos mutuos y entroncándose con frecuencia casi generacional.

—El caso es que mi hijo Pedro —prosiguió don Francisco— estaba prometido a doña Ysabel de Lobiano, la heredera de los Berriatúa, con la intención de celebrar el enlace dentro de seis meses cuando la joven cumpliera los catorce años. El pasado viernes, Pedro fue a visitar a la doncella, recluida en un convento próximo a Motrico hasta celebrar los esponsales. La niña estaba desesperada.

—¿Qué le había sucedido?

—Se había enterado de que su familia quería romper el compromiso y casarla con el señor de Urberuaga, un hombre maduro que acababa de quedarse viudo. El motivo de tal desatino era mi reciente decisión de conceder el

mayorazgo del solar de los Ydiáquez a don Martín, mi primogénito.

Pedro levantó la mirada hacia su tío y continuó el relato, tras advertir estupor en su rostro:

—La cita era a las doce de la noche, una hora inusual que presagiaba acontecimientos graves. A través de la puerta del monasterio, me contó la historia. Pese a la solemnidad del momento, su ánimo era sereno. Había meditado con madurez y tomado una determinación.

—¿Cuál?

—Para evitar el atropello, me propuso que nos casáramos allí mismo. Lo hicimos de inmediato, a la antigua usanza, con dos testigos, según costumbre: la hermana Urrutia y mi ayo Antolín, que me había acompañado en la expedición nocturna.

—¿Eso quiere decir que habéis maridado con la Lobiano?

—Así es, en efecto. Pero aún hay más. Al terminar la pequeña ceremonia, platicamos durante un buen rato a través de la reja e Ysabel me descubrió la contumacia de doña Brígida y el riesgo de que intentara anular el matrimonio, alegando engaño, felonía y no consumación. Si ella se negaba a aceptar al nuevo pretendiente, corría el riesgo de ser encerrada para siempre en una cartuja.

—Seguro. Yo conozco a la dama y sé que nunca ceja. Una de mis tías casó con su sobrino, el escribano Ochoa Sebastián de Berriatúa y, por eso, tengo cierto trato con la familia.

—Para impedirlo, ella sólo veía una solución: fugarse, salir del monasterio y cuanto antes. Yo apoyé su conclusión y juntos trazamos un plan que precisa de vuestra colaboración.

—Contad conmigo para lo que sea menester.

—Si conseguimos sacarla del convento y cubrir la legua que hay hasta Sasiola para allí cruzar el río, entramos en nuestro territorio y nadie impedirá que la expedición regrese a casa sin novedad.

—Cumplido el objetivo —continuó el señor de Ydiáquez—, los de Motrico no podrán intervenir y se limitarán a reclamar por vía legal.

—Contadme pues vuestro propósito. —clamó el señor de Lili, con lo cual, expresaba su adhesión a la empresa, al rebufo de su espíritu combativo, inclinado por instinto a intrigas y asechanzas donde poder demostrar su temple y su bravura.

—No ignoráis —precisó el padre— que el puente de Sasiola quedó destrozado hace más de dos años y no se ha reparado. Ahora han colocado una sogá amarrada en cada una de las orillas y una gabarra se desliza de un lado al otro, gobernada por un *gizon* que tira de la maroma para guiar la embarcación. Es posible vadear el río a pie o a caballo, mas sólo cuando la marea está baja. Éste es el meollo de la cuestión. El 25 de marzo es jueves; ese día, la bajamar es a las diez de la mañana, con lo cual sólo se puede transitar por él entre las ocho y las doce.

—Nuestro plan —prosiguió el hijo— es llegar a Motrico al punto de la mañana. A eso de las nueve, un criado, disfrazado de mendigo, se acercará a la puerta del convento para solicitar nutrimento. Ysabel estará esperando en el jardín y aprovechará el momento de ausencia de la portera para salir del edificio. Si todo sale bien, estaremos de vuelta en Sasiola antes de las once para poder cruzar el río sin dificultad.

—Yo me quedaré en Sasiola —advirtió don Francisco—; ya soy viejo y mi presencia podría entorpecer el resultado de la operación. Allí seré más útil ya que obligaré a bloquear la gabarra. El lugar pertenece al municipio de Deva y yo soy el preboste de la villa.

—Cuando las monjas de Arezieta adviertan la desaparición de Ysabel —continuó don Pedro—, denunciarán la huida, pero ya será tarde. Si alguien nos persigue, no podrá cruzar el río, ya que la marea se lo impedirá.

—¿Quiénes tomarán parte en la expedición? —quiso saber el de Lili.

—Ocho bastarán si son allegados: mis dos hermanos, Domingo y Francisco, mi ayo Antolín y dos criados de confianza.

—Conmigo hacemos siete y podemos completar la partida con Domingo de Erquicia, un estudiante de clérigo, beneficiado de la parroquia de Cestona, que está bajo mi protección. Es un hombre fiel y me debe respeto por los

muchos favores que le he otorgado desde niño. A pesar de su oficio, es valiente y aguerrido y nos prestará buen servicio si las cosas se complican. Tendremos que llevar armas de fuego, en caso de que surjan inconvenientes. Además de espadas y dagas, portaremos arcabuces y pistoletes.

—Procede —sentenció el anciano—. Salvo los dos criados, iréis todos disfrazados de mercaderes para no infundir sospechas. Vuestro cura podría vestir sus hábitos, lo que dará crédito a la comitiva.

—El jueves os espero en Cestona a las cinco de la mañana. Conozco bien la comarca. A las siete podemos estar en Sasiola y hacia las ocho y media en Motrico, con tiempo suficiente para preparar la maniobra.

19

Las calles de Motrico estaban vacías. A esa hora, los vecinos se habían retirado a sus lares para el condumio del mediodía. Las dos freilas atravesaron la puerta de Deva y descendieron por la calle principal, en dirección a la parroquia.

El vicario tenía su residencia en la rectoría. Acababa de almorzar y se había retirado a descansar, reclinado en un sillón de respaldo alto y brazos rotundos. Fue abruptamente despertado por el ama que lo atendía:

—¿Qué deseáis, señora? —gruñó con descaro.

—Una desgracia terrible ha ocurrido esta mañana, monseñor. Unos desabridos han entrado en el monasterio y, tras amedrentar a las hermanas, se han llevado a doña Ysabel. Varias de nosotras hemos salido en su seguimiento, mas no ha sido posible detenerlos. María, aquí presente, ha visto cómo tomaban la ruta que conduce a Astigarribia, con la intención de cruzar el río y perderse por las montañas. Hay que hostigarles y evitar su propósito.

Don Joan, al principio adormilado y luego enfadado, se percató de la gravedad del asunto. No podía olvidar que la parroquia de Motrico era un patronato municipal y que el Ayuntamiento, a pesar de que su hermano Nicolás era el

alcalde, estaba controlado por las grandes familias de la villa y la de Berriatúa era la principal.

La opinión de doña Brígida era dominante y él gozaba de su apoyo y protección, ya que siempre se había plegado a su voluntad. Tenía una congrua que le permitía vivir con holgura y libertad para disponer de las limosnas y demás ingresos que la iglesia recibía por sus servicios. Su obligación era defender los intereses de su patrona.

Pronto reaccionó. Salió al atrio de la iglesia y, con toda su fuerza, hizo repiquetear las campanas para llamar al vecindario. En un santiamén, un grupo numeroso de feligreses se había concentrado en el pórtico.

La superiora recordó entonces que no había informado del suceso a la familia de la doncella:

—Tú, María —ordenó, después de recapacitar acerca de las consecuencias de su omisión y de la iniciativa que había tomado el vicario—, ve a la casa de Berriatúa y advierte a doña Brígida.

Mientras tanto, el párroco se dirigía a los motricotarras en un tono apocalíptico. Les recordó la extrema gravedad del suceso y la categoría social de la protagonista. Si querían salvar sus almas, tenían que arriesgar sus vidas y salir detrás de los bandidos que habían osado raptar a la heredera de una dinastía tan respetable.

Intervino también el alcalde, Nicolás de Vidazábal, hermano del anterior, para exhortar al populacho. Recordó el abolengo de la familia y los favores que la urbe debía a tan noble estirpe. El honor de su linaje había sido mancillado y era necesario repararlo.

Todo el pueblo se encendió indignado. Los más corrieron a sus hogares y volvieron armados con utensilios propios de su oficio: cuchillos, martillos, cinces, escoplos, palas, hachas, hoces, guadañas... Unos vinieron montados en mulo y otros, en asno, mas la mayoría iba a pie.

La muchedumbre se concentró en una campa que había extramuros, enfrente de la puerta de Arriturriaga, más conocida como de arriba. El alcalde tomó de nuevo la palabra y, tras una breve arenga, decretó que tenían que tomar la ruta de Astigarribia hasta llegar a Sasiola, suponiendo que por allí los fugitivos intentarían cruzar el río.

Salieron en tropel. Al principio, todos corrían, profiriendo gritos e insultos. Al comenzar el ascenso de Urcamendi, la mitad se había rezagado. Al bajar, el grupo de cabeza recuperó la prisa, pero muchos cayeron exhaustos y otros se retiraron sin aliento.

Las huestes habían menguado de manera ostensible cuando divisaron la aldea de Astigarribia. Se detuvieron en la ermita de San Andrés. En aquella época, la iglesia estaba en proceso de restauración, para sustituir la bóveda de madera que se había colapsado unos años antes.

Un individuo que montaba un mulo se había adelantado y regresaba para avisar que los delincuentes acababan de arribar al embarcadero. La marea estaba alta y no podían vadear a caballo, pero disponían de una pequeña embarcación. Tendrían que hacer varios viajes para transbordar las monturas. Había que acelerar la marcha para impedirlo.

Eran unos veinte y el cansancio a floraba a sus rostros. Si se aproximaban, sabían que sus enemigos presentarían batalla. Aunque eran pocos, estaban más descansados y, sin duda, mejor armados y más preparados para la contienda. Un temor saludable invadió sus corazones valerosos.

En eso un personaje surgió conminativo. Todos reconocieron al licenciado Aréizaga, un clérigo pendenciero beneficiado de la parroquia de Motrico. Iba vestido con sotana larga, bonete y un bastón largo en la mano izquierda.

Desde que se enteró del rapto, había adoptado una posición belicosa y una actitud amenazadora, indigna de su condición. Había supuesto que los agresores eran naturales de la villa vecina y sus diatribas iban dirigidas contra todos los devatarras, a los que tachaba de maleantes y bandoleros:

—Una vez más, esos malnacidos han violado nuestro territorio, han saqueado el convento, han maltratado a las monjas y se han llevado a una de nuestras hijas predilectas. ¡Que el Maligno los arroje al Fuego Eterno! Hay que acudir en su apoyo y liberarla de sus garras. Si queremos salvar nuestras almas, prestémonos a combatir hasta la muerte. ¡Dios nos acompaña! ¡A por ellos!

La prédica, vomitada con voz estentórea en aquel paraje silente e inmerso en lo ubicuo, alentó el coraje de aquellas almas abnegadas y temerosas de Dios. La manada se puso en movimiento, corriendo detrás del eclesiástico quien, con el báculo levantado y con gritos estridentes, exaltaba el ánimo de la turba.

No estaban lejos del río. La fronda amainaba y la visión se aclaraba. Al fondo, percibieron el muelle y distinguieron una barca amarrada y un par de hombres que ayudaban a una dama a subir a bordo. Prorrumpieron en alaridos de contento y aceleraron la carrera.

32

Los invitados ya ocupaban la antesala cuando la pareja reapareció risueña. Don Francisco, tomando el brazo de doña Ysabel, recorrió el salón para hacer la presentación de la damisela y recibir los parabienes de la concurrencia.

—¡Querido primo! —habló el señor de Lili, vestido con un sobrio y elegante jubón negro, rematado con gorguera y brazaletes blancos—; me complace compartir este acto solemne que prestigia la prosapia de vuestro apellido. La ocasión merece un dispendio y sospecho que el festín que nos aguarda será digno del mismísimo Epulón o émulo del que dio Herodes Antipas el día de su cumpleaños.

—Ése es nuestro deseo, primo. Mas vos mismo juzgaréis. Como no ha habido tiempo para más, sólo este banquete ha sido posible organizar para conmemorar el casamiento. Ni siquiera hemos podido dar un juego de toros que tanto divierte a...

La voz de gala del mayordomo cortó su palabra para anunciar a los convidados que podían pasar al refectorio:

—¡A la vianda, caballeros!

Los recién casados presidían la sesión. A la izquierda de don Pedro, su madre doña Cathalina y las hermanas; a la derecha de doña Ysabel, el señor de Ydiáquez, don Blasio y los hijos del matrimonio.

Todos sentados en los lugares asignados, don Francisco señaló al clérigo para bendecir los alimentos. Se

hizo el silencio y el ministro lo hizo con brevedad, a cuyo término el anfitrión ordenó que principiara la función.

Una música alegre y bullanguera producida por dulzainas, txistus¹ y tamboriles comenzó a sonar al tiempo que unos jóvenes *dantzaris*², ataviados con calzado blanco, medias blancas de hilo con cintas diversas, calzones negros hasta la rodilla, camisa de buena hechura, faja encarnada y pañuelo blanco con cenefa roja en la cabeza, iniciaron una alegre danza con ágiles evoluciones en torno a los partícipes que admiraban complacidos el espectáculo.

El primer servicio consistió en ensaladas, verduras, lonchas de jamón, tacos de queso fresco, naranjas rebanadas, uvas, orejones y abundante manjar blanco, una especie de pasta elaborada con pechugas de ave deshilachada, harina de arroz, leche de almendras y azúcar.

Un generoso vino de Jerez, joven y seco, servido fresco, había aguzado el apetito de los comensales que, tras el primer servicio, se habían trasladado a la antesala para facilitar el cambio de vajilla.

El copero se acercó a don Francisco al preludeo del segundo servicio y le hizo degustar un vino verdejo de la ribera del Miño que había juzgado adecuado para acompañar a los frutos del mar y de los ríos. A su parabién, un alud de sirvientes repartió en un santiamén bandejas repletas de truchas asadas con tocino, pasteles de salmón, empanadas de lamprea, anguilas fritas, besugos a la parrilla en rocío de vinagre de uva y merluzas cocidas con salsa blanca que deleitaron al personal, en un ambiente cada vez más tropical.

Ysabel apenas había probado bocado. Su asombro era manifiesto. Era la primera vez que asistía a un festín y le costaba asimilar el voraz apetito que el público exhibía. Pese a ello, observaba gozosa el espectáculo pues veía en derredor semblantes alegres y ademanes jocundos. Pedro estaba a su vera, pendiente de su conducta. Con voz tranquila, le formuló su pensamiento:

¹ Instrumentos musicales típicos del País Vasco, a modo de flauta de sonido agudo.

² Danzantes, bailarines.

—No llego a entender cómo comen tanto. Se diría que han ayunado durante una semana.

—Tal acontece siempre en este tipo de encuentros. La gente trae buen diente y aprecia un menú largo, variado y bien condimentado. Mas vos apenas habéis comido. ¿No tenéis apetito?

—¡Oh, sí! Quizá estoy algo aturdida.

Concluido el turno del pescado, los invitados aprovecharon el intervalo para lavar sus manos con agua de tomillo o manzanilla que dos criados se encargaban de acarrear en jofainas y aguamaniles, ya que tanto hombres como mujeres habían descuidado el tenedor y practicado con los dedos, acorde a la tradición.

Entretanto, Antolín olfateaba un clarete navarro de excepción venido de Cirauqui para la tercera sesión, compuesta por pavo asado en salsa de naranja, perdices adobadas con piñones incrustados, pastelillos hojaldrados de ternera, pichones con torreznos, empanadas de ave y lechones asados con queso, azúcar y canela.

A su terminación, algunos no perdonaron el intermedio para aliviar su biología en los garitos de decencia que, arrimados al muro fluvial, permitían evacuar al río sin piedad.

La cuarta colación arrancó con pollo en ensalada y siguió con capón asado en salsa de membrillo, mollejas de ternera con higadillos, empanadas de jabalí, ternera braseada con dulce de manzana, perdices guisadas con salsa agridulce y cabrito al espiedo.

Don Blasio se había animado. Era un sibarita y su paladar apreciaba la ambrosía y los vinos refinados. A su diestra, don Francisco elogiaba su fortaleza:

—Fortuna es, don Blasio, disfrutar del buen yantar. Vuestra salud es reluciente y estimable vuestro aliento.

—No es menor el vuestro, don Francisco, que somos del mismo tiempo. El menú es succulento. A fe que será recordado con deleite por todos los aquí presentes. Podéis estar contento. A partir de hoy, nadie pondrá en duda la legalidad del matrimonio.

—No esté tan seguro vuesa merced. La Iglesia persigue con rigor los ritos clandestinos e intervendrá para investigar éste. De propina, el obispo de Pamplona se ha marchado

para ocupar la mitra de Jaén: don Bernardo de Rojas y Sandoval es un buen amigo y con él, la pena habría sido tenue. No conozco al sucesor, si bien confío en que su criterio sea pródigo.

—Quienquiera que sea el sustituto —pronosticó el clérigo— actuará con indulgencia, pues la reparación ha sido dada. Por contra, me preocupa don Bautista. Es un varón honesto y bondadoso donde los haya, pero harto ordenancista. No sé cómo excusar su no asistencia.

—La prudencia le habrá disuadido. Apartemos de la mente este enojoso presupuesto y catemos las exquisiteces que ahora nos ofrecen. Probad el sabor agrídulce de esta perdiz, don Blasio, y ved qué excelente contraste produce el dulce de compota con la sal que adoba este cabrito.

Un vino tempranillo de Laguardia se había elegido para ayudar a digerir el turno de carnes más recias y los efectos del mosto habían empezado a aflorar. Los ojos achispados acusaban las frecuentes libaciones y los rostros colorados, las abundantes gustaciones.

En el cuarto interregno previo al último servicio, las primeras sombras del anochecer habían invadido la mansión y hubo que encender los hachones sostenidos por largos pies y los preciados candelabros de siete velas.

El postre era esperado con digno afán. Fuentes de manzanas y peras asadas, surtido de quesos secos, nueces, membrillo y suplicaciones, alternando con bandejas llenas de pasteles de cerezas, buñuelos y almojabanas, fueron despachadas remojadas con buen vino de moscatel.

Ya la noche era completa cuando el cocinero mayor irrumpió en la sala con una enorme torta que depositó frente a los desposados. A su lado, el mayordomo puso al alcance del novio un afilado cuchillo para que procediera al primer corte, tras el cual un estruendoso aplauso atronó el espacio, prolongado con vítores y aleluyas que la grey enfebrecida había entonado de buen grado.

A continuación, Antolín escanció el hipocrás¹ en una gran copa de cristal de Limoges, comprobó al tacto su

¹ Bebida de la Antigüedad preparada con vino, miel o azúcar y algunas especias como cilantro, cardamomo, clavo, jengibre y canela, muy apreciada en Italia por su carácter afrodisiaco.

calentura y la ofreció al esposo que levantó el cáliz para el brindis augural. Primero bebió doña Ysabel y luego lo hizo don Pedro, cumpliendo la tradición que prometía concordia y armonía para la pareja que se unía.

Una vez repartida de la torta la ración y llenos los vasos con el néctar nupcial, el anfitrión pidió un instante de silencio y, alzando su copa, bosquejó una oración que quiso ser de norabuena, pero a la que nadie prestó atención. El alborozo fue tomando cuerpo y un rato costó hacer el desalojo del comedor y aviarlo para la danza. Despejado el local y dispuestos los musicantes, entonaron el *Alkate soinua*¹ y entraron los novios para marcar el compás con la comitiva por detrás. Siguió el *zortzico*² ligero de saltos, cuyo ritmo más dinámico puso remedio a más de una digestión.

A la conclusión de los dos bailes, los tamborileros ejecutaron una jovial melodía conocida como “el son de acostarse los recién casados” y salieron los dos amantes en busca de su intimidad...

42

Una lluvia fina caía sobre el valle de Baztán cuando un grupo de seis jinetes salía de Elizondo y, alejándose del camino real, se internaba en un frondoso bosque que hacia el Naciente se extendía. Tras andar al paso un trecho, dieron con un prado verde; descendieron una ladera cubierta de helechos y cruzaron un riachuelo, en cuyas orillas numerosos fresnos salpicados de algún abedul crecían a discreción, cubriéndolo de un manto verde que lo protegía de los rayos del sol. Vieron a lo lejos el poblado de Arizcun que eludieron para no ser vistos.

Ya en terreno llano, por una senda estrecha, aceleraron el tranco, sepultados entre ramas de robles centenarios y hayas de noble porte. Vadearon una corriente de más caudal y fueron a parar a un arrabal que llamaban

¹ Música que acompaña a las autoridades en las grandes solemnidades.

² Baile popular tradicional vasco en compás cinco por ocho.

Bozate, lugar convenido para encontrarse con los gitanos de Yturbide.

Bozate era una pequeña aldea formada por una treintena de cabañas de madera, de construcción endeble, distribuidas de modo irregular. Eran de una sola planta y, aunque disponían de una pequeña huerta en la parte trasera y un espacio para criar animales domésticos, el aspecto sórdido de las fachadas, los montones de basura que se hacinaban por doquier y la suciedad que impregnaba los rincones denunciaban la extrema pobreza que padecían sus moradores, a quienes los vecinos se referían a ellos con el despectivo nombre de agotes.

Un palenque rodeaba el reducto y una única puerta permitía el acceso al interior. Por ella penetraron los viajeros y pronto descubrieron cómo algunos rostros se asomaban por los ventanucos de sus habitáculos, con caras de sorpresa por el hecho tan insólito de ver a seis personajes de superior condición, en actitud amistosa y sin demostrar temor.

Avanzaron al paso, hasta llegar a un barracón de mejor apariencia. Un individuo embozado en una manta surgió de la penumbra y les invitó a entrar:

—Os están esperando.

Dos mozos mal vestidos se ocuparon de las bestias y ellos fueron conducidos a una habitación amplia, amueblada con discreción. Al fondo de una larga mesa, vieron a un hombre recostado en un sillón que les indicaba con la mano que se sentaran alrededor.

—¡Bienvenidos a nuestra humilde mansión! Mi nombre es Yturbide, pero todo el mundo me conoce como conde de Ustaritz, el pueblo de donde procedo. Supongo que habréis oído hablar de mí y de las mil ignominias que el vulgo ignorante me atribuye. La mitad son falsas y la otra mitad, exageradas. ¡Tanto da! Ello ayuda a conservar la imagen y a ser respetado.

Era un sujeto corpulento, de espalda cuadrada, con abundante pelo rojizo que caía sobre sus hombros, cara redondeada cubierta por una barba dorada, de la que sobresalía una enorme nariz que remataba en dos profundos ollares y un par de ojillos pequeños y brillantes de un color azul intenso.

—Mi compadre Ramonet me ha explicado vuestro plan. ¿A dónde os dirigís?

A pesar de su aspecto tosco, se expresaba en vascuence con claridad. Su voz era recia y su mensaje, contundente, acostumbrado a ser obedecido sin objeción. Hablaba en voz alta y, mientras lo hacía, movía los brazos y gesticulaba de forma inusual, dando la impresión de que estaba descompuesto.

—Nuestro objetivo es llegar a Mauleón —respondió don Pedro con sumisión.

—¿A Mauleón? ¡Por Belcebú! Algo me dice que no tenéis interés alguno en tropezar con los carabineros reales que vigilan la frontera. ¡Pardiez! En eso coincidimos. ¡Ja, ja, ja! No me importa saber cuáles son vuestras tribulaciones y por qué os persigue la justicia si pagáis con equidad.

—Aquí tenéis los veinte ducados.

—No obstante, quisiera hacer una aclaración —advirtió solemne el capitán, tras esconder en su faldriquera la bolsa que don Pedro le había entregado—. Nuestro compromiso es escoltaros hasta Irisarry. Allí nos separaremos, ya que nosotros nos dirigimos a Hasparren, donde mañana se celebra una feria de ganado. A partir de allí, tendréis que continuar solos. Mauleón está a unas seis leguas de Irisarry y el trayecto es llano. ¿Estáis de acuerdo?

Don Pedro dirigió una mirada inquisitoria a Ramonet. Éste interpretó la solicitud y arguyó con buen juicio:

—Si logramos arribar a Irisarry sin tropiezo, el resto es cosa hecha.

Don Pedro advirtió una señal de aprobación en el rostro de Antolín y el semblante risueño de doña Ysabel que parecía aplaudir el desenlace del negocio:

—Conde, estamos a vuestras órdenes.

—Mi intención es partir al punto. Hemos de conducir un hato de terneros al otro lado de la muga. El itinerario será a través de montes inhóspitos y valles cerrados que conocemos como la palma de la mano. Formaréis parte de la expedición si vuestro escrúpulo os lo permite.

—¡Nada que objetar! —asintió don Pedro con firmeza.

—Mi gente nos espera en un prado que está detrás de aquella colina —aleccionó Ustaritz señalando con el dedo índice un punto al septentrión—. Aunque los gitanos somos

desconfiados por naturaleza, cumplimos la palabra dada. Mas no intentéis nunca engañar a un *bohemián*, pues nuestra raza no perdona y tarde o temprano sería vengado.

Salieron despacio de la choza que los había albergado, montaron en sus sillas y juntos emprendieron el galope, después de despedirse de aquellos pobres parias que, por encima de la hostilidad con que eran tratados por la población del valle, practicaban una hospitalidad tan franca.

Tras remontar una suave pendiente, descendieron a un valle cubierto de castaños. Allí avistaron a varios individuos de dudosa catadura que se acercaron en silencio. Los hombres del conde le saludaron con sumisión.

Eran de mediana altura, complexión robusta y se movían con agilidad. Su rostro era alargado y estrecho, la nariz afilada y la boca pequeña. Tenían la piel morena, con destellos oliváceos y su cabello ensortijado, negro como el azabache. Sus ojos oscuros brillaban con intensidad, lo que les confería un aspecto feroz; si bien la vivacidad de su mirada denotaba, al mismo tiempo, una inteligencia superior que, a no dudar, habrían tenido que desarrollar para sobrevivir en libertad, sin estar obligados a tener que trabajar, tarea indigna y contraria a su condición.

—¡Salud, camaradas! —vociferó el caudillo a los maleantes.

—¡Salud! —contestaron al unísono.

—Estos caballeros necesitan nuestra ayuda. Han satisfecho su tributo y serán nuestros huéspedes durante la travesía. Si no hay novedad, partiremos de inmediato.

Habían llegado a un pequeño claro del bosque, donde pastaban felices unos cuarenta terneros de piel rubia, propia de la raza bovina que abundaba en el Baztán y cuya carne era muy estimada por la clase privilegiada y la pequeña burguesía local.

—Todo está en orden —respondió con voz firme un hombretón entrado en años que resultó ser el mayoral.

—Durante media legua —volvió a intervenir el conde—, iremos por una pequeña vaguada que transita paralela a la vía principal que va a parar a una pequeña aldea que se llama Amaiur. Allí doblaremos hacia el Este para seguir la regata de Urrizate y continuar hasta Irisarry, sin encontrar

población alguna. Vosotros iréis conmigo, a retaguardia. ¿Estáis preparados?

—Lo estamos —asintió don Pedro, contagiado del entusiasmo que emanaba de este personaje tan peculiar que acababa de conocer.

—Andando pues.

La lluvia había arreciado y la niebla cubría por completo la hondonada, lo que les obligó a aminorar el paso. Avanzaron por un valle estrecho, siguiendo el rastro de un arroyo que corría entre dos colinas, hasta que desembocaron en una explanada, en cuyo centro, se apreciaban los vestigios de una antigua fortaleza. Se detuvieron.

—Son las ruinas del castillo de Maya —evocó el adalid—, un símbolo de la lucha de los navarros por su libertad. Es un rincón aislado al que jamás acuden los vecinos de Amaiur, aquella aldea que veis ahí abajo. Allí nos espera uno de nuestros confidentes.

Al tiempo que hablaba, hizo señas a dos de sus colegas que se internaron en el despoblado. Al cabo, volvieron con igual sigilo y dieron la novedad:

—No hay rastro de tropa en el contorno. El camino está expedito y podemos continuar.

—El terreno está blando y resbaladizo. Tomaremos precauciones y andaremos a paso lento, para evitar caídas. Informa al capataz y que arranque la manada.

Dejaron Amaiur y se adentraron en solitarios campos, remontaron colinas de media altura, atravesaron arroyos de poco caudal, hasta penetrar en un hermoso y extenso valle llamado de *los Alduides*, un vergel privilegiado con extensos pastizales, al que acudían los pastores de ambos lados de la frontera con sus vacadas.

Tal y como habían previsto, divisaron la comuna de Irisarry poco antes del mediodía. El conde de los gitanos detuvo la caravana en un altozano y, dirigiéndose a sus huéspedes, les señaló la dirección que tenían que tomar:

—Aquí nos hemos de separar. Mauleón no está lejos y Ramonet os conducirá allí sin dificultad. Estamos a vuestra disposición y si deseáis poneros en contacto, id a Bozate y preguntad por el alcalde de los agotes. Él sabe cómo localizar a alguno de nosotros. ¡Agur!

Don Pedro se acercó a Yturbide y le tendió la mano; éste se apresuró a corresponder:

—Ha sido un honor tratar con tan honorable caballero y a fe de conde de los gitanos que contáis con mi aprecio. Si algún día, os encontráis en un apuro, no dudéis en avisarme y estad seguro que acudiré en vuestro auxilio. ¡Que Dios os dé larga vida!

—¡Lo mismo os deseo!

Tras esta despedida cordial y sincera, los gitanos tomaron el Norte que les había de llevar a Hasparren y nuestros protagonistas, el Levante, no sin antes hacer una pequeña parada para repostar. Mientras despachaban las viandas que el posadero les había preparado antes de partir, el motivo de conversación no era otro que la curiosa aventura que acababan de correr:

—Me ha extrañado el aspecto de su jefe —subrayó don Pedro—. Su tez era blanca y sus cabellos rojos. No tenía el aspecto del típico gitano que estamos acostumbrados a ver en estas latitudes.

Fue Ramonet el que intervino para ratificar observación tan evidente:

—La gente de la comarca no ignora que su origen es mixto. Su madre era una mujer muy bella que pertenecía a una comunidad de gitanos que tenía su campamento en Ustaritz y su padre un apuesto agote que había obtenido una modesta fortuna con sus habilidades manuales. Así nació nuestro héroe que fue criado por su madre, al morir su padre apaleado por una docena de villanos, para vengarse por su descaro de no aceptar un encargo mal remunerado.

—¿De dónde vienen los agotes? —preguntó doña Ysabel intrigada.

—Su origen es incierto. Por el color de su piel, su pelo castaño o rubio y el color claro de sus ojos, su procedencia ha de ser europea, del centro o del norte. Algunos los consideran descendientes de los godos y otros, de los cátaros que el rey de Francia exterminó en el siglo XIII. El criterio más sostenido es que provienen de comunidades de leprosos fugados de sus lazaretos que, en tiempos de la soberanía inglesa, se refugiaron en los Pirineos para huir de la justicia gala.

Terminado el refrigerio, la comitiva se puso en marcha. A las seis de la tarde, entraron en un pueblecito llamado Urdiñarbe (actual Ordiap) y, a la salida, pasaron delante de un monasterio. Ramonet se detuvo e hizo la aclaración:

—Mi amo, Arnaud de Maytie es prior de ese convento. Antes, pertenecía a Roncesvalles y su abad reclama a mi señor los rendimientos que produce, pero él no hace caso y utiliza los beneficios que obtiene para adecentar la iglesia de Mauleón y financiar la ampliación del palacio que heredó de su padre, al que llegaremos, Dios mediante, dentro de media hora.

El tramo final era rectilíneo. Una hilera de robles bordeaba la calzada por la izquierda y un río de curso torrencial lo hacía por la derecha. El sol estaba próximo a esconderse tras la montaña cuando el grupo entrevió una fortaleza en lo alto de un cerro y, a sus pies, una ciudad murada. Habían llegado a Mauleón.